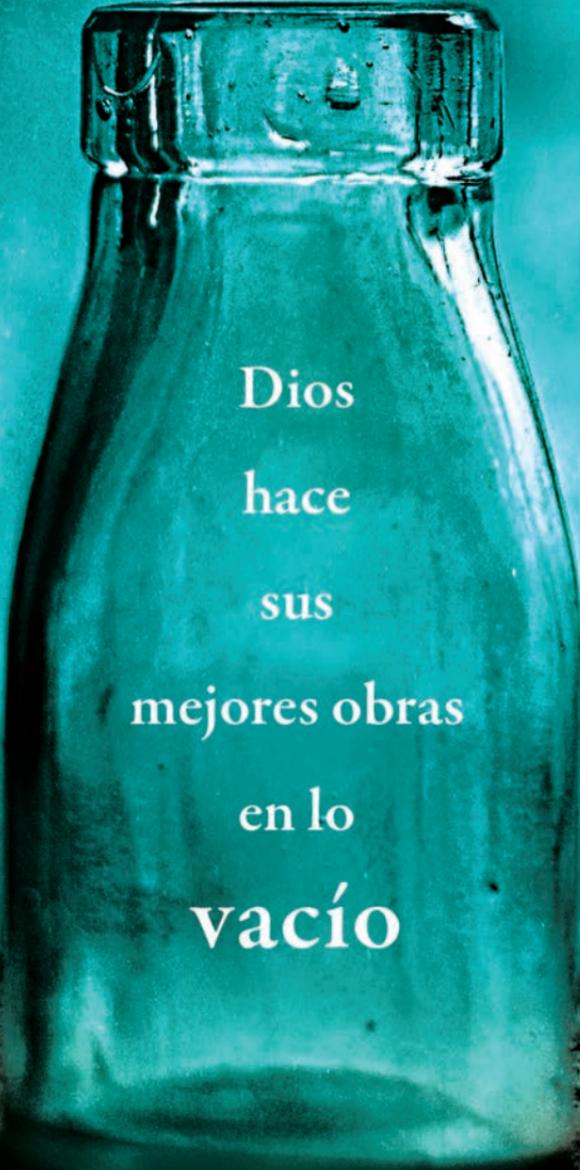


«Hay que leer este libro... basado en la Escritura
y lleno de compasión comprobada».

JONI EARECKSON TADA



Dios
hace
sus
mejores obras
en lo
vacío

NANCY GUTHRIE

Usted *tiene* que leer este libro. Demasiadas personas a su alrededor están muy apesadumbradas pero no tienen idea de cómo llenar el vacío. Le advierto: esta tarea sumamente personal pisa un terreno muy frágil (¿quién de nosotros es experto en ayudar a los angustiados a tratar bien con su pérdida?). Sin embargo, cobre ánimo; cuenta con una guía experimentada y hábil en Nancy Guthrie. Ella ha ingerido del pan amargo de la pérdida, lo cual hace que su consejo sea sabio, maravilloso y, ante todo, *auténtico*. En *Dios hace sus mejores obras en lo vacío*, mi apreciada amiga comparte entendimiento que está basado en las Escrituras y lleno de compasión que ha sido examinada y probada. Lo mejor de todo es que conoce de cerca a Jesús y entiende cómo encauzar a las personas con delicadeza hacia él. Así que léalo. Y permita que su sabiduría lo impulse a un mundo que sufre, donde solo Cristo puede llenar a aquellos que están vacíos.

JONI EARECKSON TADA, Joni and Friends International
Disability Center

Nancy Guthrie es una de mis escritoras favoritas, en gran parte porque está saturada de la Palabra de Dios. Ella afirma a Jesús sin ofrecer nunca el consejo barato de «sigue adelante», el cual es otra forma de decir: «Deja de estar afligido; nos incomoda». Con sinceridad y transparencia, Nancy afirma la verdad del evangelio que nos anima, corrige y fortalece para aceptar la bondad y alegría de Jesús compradas con sangre. Este es un libro excelente.

RANDY ALCORN, autor de *El Cielo, If God is Good* (Si Dios es bueno), y *Giving Is the Good Life* (Dar es la vida buena)

**Dios
hace
sus
mejores obras
en lo
vacío**

**NANCY
GUTHRIE**



*Tyndale House Publishers
Carol Stream, Illinois, EE. UU.*

Visite Tyndale en Internet: tyndaleespanol.com.

Visite Tyndale Momentum en línea en tyndalemomentum.com.

TYNDALE, *Tyndale Momentum* y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Ministries. El logotipo de Tyndale Momentum es una marca registrada de Tyndale House Ministries. Tyndale Momentum es la sección de no ficción de Tyndale House Ministries, Carol Stream, Illinois.

Originalmente publicado en inglés en el 2020 como *God Does His Best Work with Empty* por Tyndale House Publishers con ISBN 978-1-4964-3969-7.

© 2020 por Nancy Guthrie. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la portada de botella antigua © por Jill Ferry/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía de la autora por Eric Brown, © 2018. Todos los derechos reservados.

Diseño: Ron C. Kaufmann

Traducción al español: Mayra Urizar de Ramírez

Edición en español: J. Ismael Ramírez P. e Ismaela Ramírez

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, Carol Stream, Illinois 60188. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con LBLA han sido tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Las citas bíblicas indicadas con NVI han sido tomadas de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*,® NVI.® © 1999 por Biblica, Inc.® Usada con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas bíblicas indicadas con RVR60 han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Usada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de espanol@tyndale.com.

ISBN 978-1-4964-5058-6

Impreso en China

Printed in China

27	26	25	24	23	22	21
7	6	5	4	3	2	1

CONTENIDO

Introducción	I
1. EL ANHELO PROFUNDO	
<i>Dios llena nuestro vacío de su provisión</i>	II
2. LA CARPA EN EL CENTRO	
<i>Dios llena nuestro vacío de su presencia</i>	35
3. LA NECESIDAD URGENTE	
<i>Dios llena nuestro vacío de su gracia</i>	55
4. LA MESA REAL	
<i>Dios llena nuestro vacío de su bondad</i>	77
5. LA SED INSACIABLE	
<i>Dios llena nuestro vacío de su vida</i>	95
6. EL ALIENTO EVANESCENTE	
<i>Dios llena nuestro vacío de significado</i>	113
7. LA CONFIANZA TEMBLOROSA	
<i>Dios llena nuestro vacío de fe</i>	139
8. EL TESORO ESCONDIDO	
<i>Dios llena nuestro vacío de alegría</i>	159
Conclusión: Oración por llenura	183
Bibliografía	191
Acerca de la autora	195
Notas	197

INTRODUCCIÓN

«¡**ESA SOY YO!** Esa es mi vida. Me siento tan vacía», dijo mi amiga Julie cuando le dije el título del libro en el que trabajaba, el libro que ahora usted tiene en sus manos. Su esposo y ella, que acababan de jubilarse y cuyos hijos vivían lejos, batallaban con descifrar cómo llenar no solo las horas del día, sino también los agujeros de su corazón. Pero su reacción al título fue única. Cada vez que le contaba a la gente en qué estaba trabajando, la respuesta más común era un «mmm» en tono bajo deliberado.

Parece que resuena la realidad del vacío.

Sé que resuena conmigo. Y me da un poco de vergüenza admitirlo porque mi vida ha estado, y está, llena de tanta bondad. Tengo una multitud de razones para ser perfectamente feliz y sentirme completamente satisfecha. Aun así...

A menudo me he encontrado batallando con una sensación de vacío, o tal vez, más exactamente, revolcándome en una ola de vacío. A veces siento como si hubiera un agujero dentro de mí, el cual ninguna cantidad de

entretenimiento, afirmación o acumulación puede llenar. Me avergüenza cuán envidiosa puedo ser de lo que alguien más tenga o haga cuando yo tengo tanto y logro tanto. Con frecuencia me he preguntado cómo puedo sentirme vacía inmediatamente después de lograr algo en lo que había trabajado mucho o cuando todavía estoy disfrutando las vacaciones que había soñado. Me he preguntado cómo puedo sentirme sola cuando me encuentro en un salón lleno de personas interesantes o en un matrimonio con un hombre maravilloso. Me he preguntado cómo es eso que con tanta rapidez puedo descender de la satisfacción emocionante a la insatisfacción perturbadora después de una compra costosa, de un acontecimiento exitoso o de una experiencia buscada.

Pero me pasa.

Por supuesto, nada me ha llevado a un sentido profundo de vacío más que las pérdidas de dos de mis hijos: primero perdí a mi hija Hope, y después a mi hijo Gabriel; ambos murieron debido a un trastorno metabólico poco común¹. Recuerdo que al inicio de mi dolor, después de la muerte de Hope, conducía por Hillsboro Road, y veía el asiento vacío a mi lado, y con lágrimas me decía: «Allí debería ir sentada una niña pequeña en una silla de seguridad para automóvil. Debería estar allí». Pero solo había un espacio vacío. En aquellos días, constantemente me confrontaba un dormitorio vacío en nuestra casa, un lugar vacío en la mesa, un lugar vacío en la foto de la familia y un enorme lugar vacío en mis planes para mi familia y

para mi vida. Con el paso de los años desde entonces, la forma y el tamaño de ese vacío han cambiado. Pero sigue allí.

Tal vez usted se sienta identificado. Tal vez ha elegido este libro porque «vacía» es la mejor manera en que sabe cómo describir la realidad de su vida.

Tal vez es el vacío ocasionado por una pérdida: la pérdida de un trabajo, la pérdida de alguien que amaba, la pérdida del sentido de propósito o significado. O tal vez el vacío de su vida no se marca por lo que alguna vez fue, sino por lo que nunca ha sido. Nunca ha podido establecer ni mantener las clases de relaciones que ha anhelado. Tal vez nunca ha habido un anillo en su dedo o un hijo en su hogar, o nunca ha obtenido el título que esperaba ver junto a su nombre o alcanzado el nivel de estilo de vida que ha soñado. Los sueños que a menudo ha intentado minimizar, por temor a que al decirlos en voz alta de alguna manera los aplastaría y, por consiguiente, lo aplastarían a usted, ahora parecen estar fuera del alcance o del ámbito de la posibilidad.

O tal vez no pueda indicar exactamente por qué es que tiene esa sensación de vacío. Se da cuenta de que, en comparación con tantos otros a su alrededor, a usted le ha ido bien. Aun así, su alma alberga un sentido persistente de decepción y descontento. A veces parece que la vida de casi todos los que lo rodean está llena de propósito y significado, vida y amor, tiempos divertidos y planes futuros, y esto aumenta el vacío de su vida.

A veces, su sensación de vacío lo persigue como un dolor indefinido e implacable. Otras veces, lo abrumba como una agonía innegable. Me asombra cuánto pesa el vacío que podemos sentir, cuánto espacio puede ocupar el vacío en nuestra alma, cuánto dolor puede ocasionar algo que ni siquiera está allí.

Quizás usted ha llegado a ver su vacío como su *problema más grande*, pero espero convencerlo de que, cuando Dios ve el vacío de su vida, lo ve como la *oportunidad más grande* de él. De hecho, a lo largo de los capítulos de este libro, vamos a ver que el vacío nunca ha sido, y nunca será, un problema para Dios. Más bien, vamos a ver una y otra vez a lo largo de la historia que la Biblia nos cuenta que Dios hace sus mejores obras en lo vacío al llenarlo de sí mismo con su Espíritu².

Esto es una buena noticia... pero entiendo que quizás no le suene bien. Para algunos de ustedes, esto puede

*Dios hace sus mejores
obras en lo vacío al
llenarlo de sí mismo
con su Espíritu.*

sonar como una charla promocional espiritual de algo que no tiene el poder de marcar ninguna diferencia en su realidad cotidiana. En tanto que puede haber algunas cosas que usted quiere *de* Dios, tal vez, si es sincero, en realidad no le interesa recibir más *de* Dios. Tal

vez eso le suene etéreo, no atractivo o restringido. Hay algo más, o alguien más, que usted está seguro de que debe tener para llenar el lugar vacío.

Tal vez eso se deba a que su opinión acerca de Dios y de su bondad y de lo que significa tenerlo en el centro de su vida se ha desviado un poco de la realidad. Tal vez el enemigo de su alma lo ha convencido de que la sugerencia de que Dios podría llenar el vacío que usted siente es una promesa falsa y puras ambigüedades religiosas. A este enemigo nada le encantaría más que mantenerlo atrapado en una cámara de eco del vacío. Por eso lo convence de que, aunque usted pudiera captar cierta llenura por un momento, simplemente no durará.

Quiero que sepa desde el principio que no me interesa hacer promesas falsas o simplemente llenar algunas páginas de palabrería motivacional para que se anime, vea que las cosas no son tan malas, salga a disfrutar la vida, y tome las riendas de su destino. No tengo ni cinco pasos sencillos para que se deshaga de ese vacío agobiante ni una fórmula de autoayuda para que se sienta mejor. Y mi intención no es hacer que este libro se centre en mis propias experiencias de llenar mi vacío, aunque debo decirle que he experimentado la increíble alegría de que Cristo me llene de maneras que no podría haber imaginado.

Quiero permitir que Dios hable por sí mismo. Eso es lo que él hace en la Biblia... en toda ella. Dios habla. Se revela a sí mismo. Nos llama a sí mismo. Ofrece llenarnos de sí mismo.

Quiero subir el telón para ver con usted la plenitud de todo lo que Dios es y hace en cuanto al vacío inherente a la vida en este mundo. Quiero subirle el volumen a sus

DIOS HACE SUS MEJORES OBRAS EN LO VACÍO

promesas para que a usted le parezcan tanto creíbles como imposibles de evitar. Y quiero creer con usted que Dios puede llenar, y llenará, su vacío de una manera que nada ni nadie más puede hacerlo.

Será mejor que comencemos en el principio. El mero principio. El principio de todo... excepto de Dios.

En el principio, Dios creó los cielos y la tierra. La tierra no tenía forma y estaba vacía, y la oscuridad cubría las aguas profundas.

GÉNESIS 1:1-2

¿No es interesante que tan pronto como nos enteramos de que Dios creó la tierra, también nos enteramos de que había tres problemas con ella? No tenía forma. Estaba vacía. Y estaba oscuro.

Pero no carecía de esperanza. ¿Por qué? Porque «el Espíritu de Dios se movía en el aire sobre la superficie de las aguas» (Génesis 1:2).

El Espíritu de Dios se movía o revoloteaba como una paloma sobre el vacío oscuro y sin forma. Era como si algo estuviera a punto de ocurrir. Y, en efecto, ocurrió.

Entonces Dios dijo: «Que haya luz»; y hubo luz.

GÉNESIS 1:3

El problema de la oscuridad fue erradicado cuando la creación se inundó de luz.

Luego separó la luz de la oscuridad. Dios llamó a la luz «día» y a la oscuridad «noche». [...] Entonces Dios dijo: «Que haya un espacio entre las aguas, para separar las aguas de los cielos de las aguas de la tierra»; y eso fue lo que sucedió. [...] Dios llamó al espacio «cielo».

GÉNESIS 1:4-8

Una vez más, con el solo hecho de que Dios dijera que la luz y el cielo cobraran existencia, el problema de la falta de forma quedó resuelto. Dios le dio orden y forma al ambiente y al firmamento de su creación.

Después, comenzó a hacerse cargo del vacío. Leemos:

Después Dios dijo: «Que de la tierra brote vegetación: toda clase de plantas con semillas y árboles que den frutos con semillas».

GÉNESIS 1:11

Dios continuó y llenó los mares de peces, el cielo de aves y la tierra de animales. Luego pobló el mundo con seres humanos, y los hizo a su propia imagen. Dios estaba en acción, llenando el vacío de luz y vida, belleza y bondad, significado y relación.

Y eso, amigo mío, es exactamente lo que él quiere hacer en su vida.

A medida que la historia de la Biblia continúa en Génesis, se nos presenta a Abram y a Sarai, a quienes

DIOS HACE SUS MEJORES OBRAS EN LO VACÍO

posteriormente se les llamaría Abraham y Sara. Por medio de esta pareja, Dios tenía la intención de llenar el vacío del mundo con sus descendientes, quienes serían tan numerosos como las estrellas del cielo y los granos de arena de la playa. Salvo que había un problema.

Sarai no podía quedar embarazada y no tenía hijos.

GÉNESIS 11:30

Es interesante la forma en que Moisés, como escritor de Génesis, parece hacer énfasis en el vacío del vientre de Sarai al expresar la misma realidad dos veces: no podía quedar embarazada. No tenía hijos.

Pero una vez más, había esperanza porque Dios estaba actuando. De hecho, se puso a trabajar de una manera que hacía imposible que cualquiera pasara por alto que él era quien llenaba el vacío.

Cuando Sara alcanzó a oír que Dios le decía a Abraham que ella iba a dar a luz a un hijo, se rio. Era en realidad algo que resultaba risible. Ella tenía noventa y tantos años, y Abraham tenía cien años. «¿Existe algo demasiado difícil para el SEÑOR?» (Génesis 18:14). Y, en efecto, leemos: «El SEÑOR cumplió su palabra e hizo con Sara exactamente lo que había prometido. Ella quedó embarazada y dio a luz un hijo a Abraham en su vejez. Esto ocurrió justo en el tiempo que Dios dijo que pasaría» (Génesis 21:1-2).

Lo que era demasiado difícil —imposible, de

hecho— que Abraham y Sara hicieran realidad no fue, en efecto, demasiado difícil para Dios. Le pusieron al bebé por nombre Isaac, que significa «risa». Dios llenó de alegría el vientre vacío de Sara.

Por supuesto, de muchas maneras, el embarazo poco probable de Sara fue lo que preparó al pueblo de Dios para otro embarazo improbable años después. Lo sorprendente de este embarazo no era que la mujer fuera anciana, sino que nunca había estado con un hombre.

—No tengas miedo, María —le dijo el ángel—, ¡porque has hallado el favor de Dios! Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Él será muy grande y lo llamarán Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de su antepasado David. Y reinará sobre Israel para siempre; ¡su reino no tendrá fin!

—¿Pero cómo podrá suceder esto? —le preguntó María al ángel—. Soy virgen.

El ángel le contestó:

—El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra.

LUCAS 1:30-35

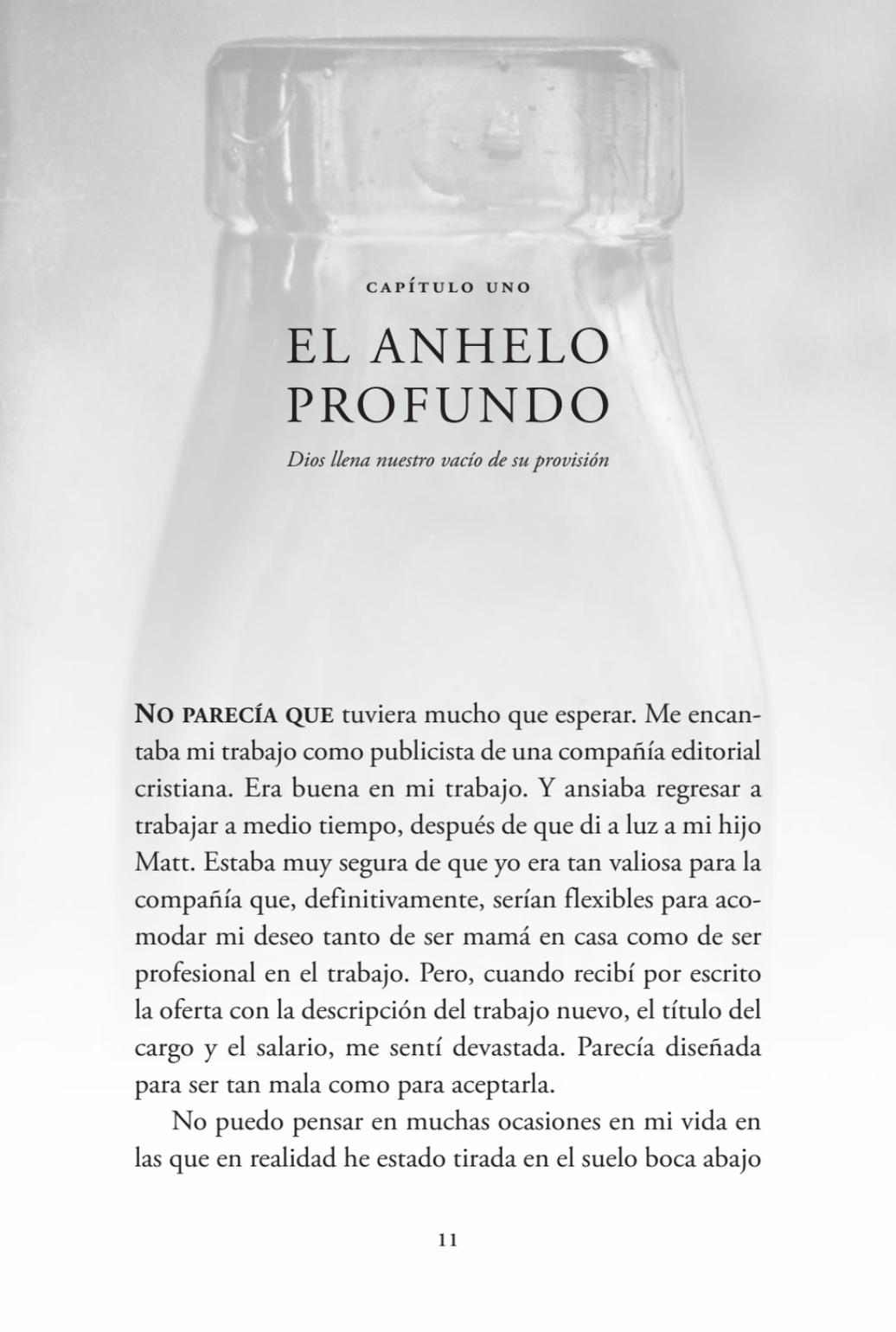
Una vez más, el Espíritu se movía y hacía su obra creadora para que el vientre vacío de María se llenara de la vida misma de Dios. En la oscuridad de su vientre, aquel que se llamó a sí mismo la Luz del Mundo tomó forma.

DIOS HACE SUS MEJORES OBRAS EN LO VACÍO

Las células generaron células. La Palabra se hizo carne, y él estaba lleno, lleno de gracia y verdad.

¿Se encuentra con necesidad de gracia para llenar y redimir y aliviar el dolor de su vacío? Dios llenará su vida con la gracia que solo él puede dar. Y a él le encanta dar gracia. Juan 1:16 nos dice: «De su plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia» (NVI).

A medida que usted avanza en las páginas siguientes, mi esperanza y deseo es que encuentre página tras página de gracia, página tras página de esperanza tangible de que su vacío se puede llenar. Mi oración es que usted comience a creer y a experimentar que, de hecho, Dios en realidad hace sus mejores obras en lo vacío al llenarlo de sí mismo.



CAPÍTULO UNO

EL ANHELO PROFUNDO

Dios llena nuestro vacío de su provisión

NO PARECÍA QUE tuviera mucho que esperar. Me encantaba mi trabajo como publicista de una compañía editorial cristiana. Era buena en mi trabajo. Y ansiaba regresar a trabajar a medio tiempo, después de que di a luz a mi hijo Matt. Estaba muy segura de que yo era tan valiosa para la compañía que, definitivamente, serían flexibles para acomodar mi deseo tanto de ser mamá en casa como de ser profesional en el trabajo. Pero, cuando recibí por escrito la oferta con la descripción del trabajo nuevo, el título del cargo y el salario, me sentí devastada. Parecía diseñada para ser tan mala como para aceptarla.

No puedo pensar en muchas ocasiones en mi vida en las que en realidad he estado tirada en el suelo boca abajo

llorando. Pero lo hice ese día. Sentía que me habían despojado de algo muy valioso para mí, una parte de mí. Me sentía devaluada, no deseada.

Poco tiempo después, cuando batallaba con los ajustes de la nueva maternidad, recuerdo que le dije a David, mi esposo: «Quiero recuperar la vida que tenía. Quiero recuperar el trabajo que tenía. Quiero recuperar el cuerpo que tenía. Quiero recuperar la relación que tenía contigo».

Creía que lo que hacía en casa con Matt era importante. Pero, sinceramente, no se *sentía* que fuera importante. Recuerdo ir a la oficina a recoger mis cosas y encontrar un mensaje sobre mi escritorio: uno de los autores más exitosos de la compañía publicadora había llamado y me pedía que lo llamara de vuelta. Entonces, *eso* me hizo sentir importante.

Tenía un anhelo tan fuerte de algo que parecía tener la clave de mi felicidad: ser una parte valiosa de esa compañía, de ese equipo. Y no podía imaginar cómo esa hambre alguna vez se iba a satisfacer cambiando pañales y jugando en el suelo con un bebé. No podía imaginar cómo iba a ser feliz sin ese título de trabajo al lado de mi nombre, sin que ese sueldo del trabajo se depositara en mi cuenta y sin que esa importancia laboral respaldara mi sentido de identidad.

Ese anhelo controló mi vida por mucho tiempo, y le daba color a mi perspectiva de todo lo bueno en mi vida. Y he tenido muchos anhelos desde entonces, anhelos de cosas que estaban fuera de mi alcance, anhelo de cosas

que no he podido hacer que sucedan. Imagino que usted también. Somos criaturas de deseo. Tenemos deseos. Y a veces esos deseos se convierten en anhelos, anhelos que nos hacen perder la perspectiva, anhelos tan fuertes que se convierten en el agujero por el que vemos toda la vida.

Así ocurrió con el pueblo de Dios, al cual él rescató de la esclavitud de Egipto. Dios los rescató para que pudieran vivir con él en su Tierra Prometida, donde él prometió satisfacerlos con cosas buenas. Él los llevó a la orilla de la tierra que había prometido darles, pero ellos tuvieron miedo. No confiaron en él. Por lo que acabaron pasando cuarenta años en el desierto. Cuarenta años de ínterin en un ambiente inhóspito.

Pero Dios no quería que sus años en el desierto fueran años desperdiciados. Más bien, quería usar sus años en el desierto para enseñarles y prepararlos. Quería que aprendieran que podían confiar en que él proveería para los suyos. Cuarenta años en el desierto les daría tiempo para poner en práctica esa creencia y depender de él día a día para suplir sus necesidades, aunque él no satisficiera todos sus antojos. Allí, en el desierto, les dio la oportunidad de descubrir lo que en realidad necesitaban más que lo que anhelaban.

Leemos su historia de cuarenta años en el desierto en los libros de Éxodo, Números y Deuteronomio. Pero no deberíamos leerla simplemente como una historia acerca de gente distante y desconectada de nosotros. Lo que tenemos que ver es que su historia es nuestra historia. Si Dios

DIOS HACE SUS MEJORES OBRAS EN LO VACÍO

lo ha rescatado a usted de la esclavitud del pecado por medio de la sangre de un cordero inocente, el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo; y si por fe se ha aferrado a las promesas del pacto de Dios para su pueblo, centradas en la persona de Jesucristo, entonces, la historia de los israelitas también es su historia.

Así como Dios no quería que los años que Israel pasaría en el desierto se desperdiciaran, tampoco quiere que se desperdicien los años que usted y yo pasemos viviendo en el desierto vacío de la vida en este mundo. Así como él quiso enseñar y preparar a los israelitas mientras se abrían paso por el desierto, también quiere enseñarnos algo a usted y a mí, y tiene una manera en la que quiere prepararnos.

Hambre en el desierto

Ocurrió un mes después de que el pueblo había salido de Egipto, y, evidentemente, la emoción del escape comenzaba a desvanecerse.

«¡Si tan solo el Señor nos hubiera matado en Egipto! —protestaban [a Moisés]—. Allá nos sentábamos junto a las ollas llenas de carne y comíamos todo el pan que se nos antojaba; pero ahora tú nos has traído a este desierto para matarnos de hambre».

ÉXODO 16:3

He aquí el primer indicio de que su anhelo les robaba la perspectiva. Se estaban olvidando de los golpes, del trabajo agotador y del asesinato de sus bebés varones en Egipto. Y ¿qué los hacía olvidar? El hambre. Se les hacía agua la boca cuando recordaban la comida que comían allá en Egipto. Pero Dios, de hecho, no los había llevado al desierto a morir de hambre. Él tenía la intención de mantenerlos.

Entonces el SEÑOR le dijo a Moisés: «Mira, haré llover alimento del cielo para ustedes. Cada día la gente podrá salir a recoger todo el alimento necesario para ese día. Con esto los pondré a prueba para ver si siguen o no mis instrucciones».

ÉXODO 16:4

Los israelitas estaban en el desierto donde no había agua ni comida. ¿Y por qué se hallaban allí? Porque Dios los había guiado allí. No fue un desvío accidental, sino más bien un desvío deliberado. Él quería probarlos. En otras palabras, les daba la oportunidad de vivir como si tuvieran una relación con el Dios del universo, que se había comprometido a cuidarlos; una relación que se expresaba en la disposición de ellos de confiar en él y obedecerlo.

Cuando el rocío se evaporó, la superficie del desierto quedó cubierta por copos de una sustancia hojaldrada y fina como escarcha.

Los israelitas quedaron perplejos al ver eso y se preguntaban unos a otros: «¿Qué es esto?», porque no tenían idea de lo que era.

Entonces Moisés les dijo: «Este es el pan que el SEÑOR les da para comer».

ÉXODO 16:14-15

La palabra hebrea *man hu'*, o *manna*, significa «¿qué es esto?». Así fue como los israelitas llamaron a esa comida maravillosa que Dios les envió cada mañana por cuarenta años. «¿Qué hay para comer?», preguntaba alguien, y la respuesta siempre era: «¿qué es esto?» El maná era un milagro diario que duró cuarenta años.

Pero también era una prueba diaria. La gente nunca podía almacenar maná para el día siguiente. Cada mañana, cuando recogían justo lo suficiente para ese día, tenían la oportunidad de demostrar que confiaban en que Dios también proveería para el día siguiente. Tenían la oportunidad de vivir por fe.

Y, realmente, cuando nos encontramos viviendo aquí en el desierto del mundo, se nos somete a la misma prueba. De hecho, tal vez por eso es que Dios ha permitido que experimentemos el vacío que sentimos. Tal vez se nos está poniendo a prueba. U otra manera de verlo es esta:

Dios nos da la oportunidad de poner en práctica lo que decimos que creemos.

Dios tiene el propósito de usar este tiempo en nuestra vida para enseñarnos a confiar en que él proveerá lo

que necesitamos cuando lo necesitamos. ¿Ha dicho usted que el Dios de la Biblia es su Dios? Aquí en el desierto es donde tiene la oportunidad de poner eso en práctica. Mientras confía en que él le proveerá de lo que en realidad necesita y se rehúsa a refunfuñar en cuanto a su provisión, usted demuestra que la fe que afirma tener es genuina y no simplemente una lealtad conveniente o culturalmente aceptable.

Dios tiene el propósito de usar este tiempo en nuestra vida para enseñarnos a confiar en que él proveerá lo que necesitamos cuando lo necesitamos.

Alcanzamos a los israelitas en el libro de Números. Es, aproximadamente, un año después, y descubrimos que, a pesar de que al despertar recibían el maná afuera de sus tiendas, cada mañana, de nuevo refunfuñaban:

Entonces la gentuza extranjera que viajaba con los israelitas comenzó a tener fuertes antojos por las cosas buenas de Egipto. Y el pueblo de Israel también comenzó a quejarse: «¡Oh, si tuviéramos un poco de carne! —exclamaban—. Cómo nos acordamos del pescado que comíamos gratis en Egipto y teníamos todos los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos que queríamos. ¡Pero ahora lo único que vemos es este maná! Hasta hemos perdido el apetito».

NÚMEROS 11:4-6

Ah, entonces no es que no tuvieran *nada* que comer. Es que ellos querían comer algo distinto al maná que Dios hacía llover sobre ellos todos los días. Dios los guiaba a una tierra que fluía leche y miel, y los alimentaba día a día con pan del cielo. (¿Y cómo cree usted que sabe el pan hecho en el cielo? ¡Celestial, por supuesto!) Pero se les hacía agua la boca por los puerros y los melones de allá, de Egipto.

A menudo, la gente dice que, si Dios hiciera un milagro, entonces creería en él. Tal vez usted piensa que, si Dios simplemente proveyera de lo que usted desea, entonces estaría más inclinado a confiar en él en el futuro. Lo amaría y no estaría molesto con él. Pero la historia de Israel es la historia de personas que experimentaron milagros a una escala enorme, incluso el milagro diario del maná que los esperaba afuera de sus carpas, y, aun así, no confiaron en Dios. Se rehusaron a amarlo con todo su corazón, alma y fuerzas. En lugar de creer en él, se rebelaron en contra de él. Como lo dice el Dr. Tuck Bartholomew: «Llegaron a ser personas unidimensionales, que pensaban en la vida solo a través del agujero de su antojo»³. Su deseo de más variedad en su dieta llegó a ser una demanda que no los dejó ver ninguna otra cosa ni todo lo demás. No podían ver la bondad de Dios que literalmente llovía sobre ellos porque sus antojos los consumían.

Muchos de nosotros tenemos antojos que nos ciegan, a tal punto que no podemos ver todo lo que Dios ha hecho

por nosotros ni todo lo que nos ha dado. Sí, apreciamos la salvación y todo eso, pero lo que *realmente* anhelamos es ser delgados, tener una casa más bonita en un mejor vecindario, ser elevados a una posición de más autoridad y oportunidad, tener un hijo o ser capaces de cambiar al hijo que tenemos.

Para los israelitas, todo tenía que ver con la comida. Para usted, ¿con qué tiene que ver todo? ¿Permite que ese anhelo sea el agujero por el que usted ve toda su vida, que hace que pierda de vista la bondad de Dios?⁴

Considere lo que los israelitas anhelaban: las delicias culinarias de Egipto. Contemplaban la idea de regresar a Egipto, el lugar que literalmente los había estado matando, y todo porque allí podrían satisfacer sus antojos de comida. Se enfrentaban a una opción clara: ¿seguirían sus antojos aun cuando eso implicaba regresar a la esclavitud de Egipto, o se quedarían satisfechos por el momento, y aceptarían y disfrutarían la provisión de Dios, creyendo que él supliría sus necesidades, si no todos sus antojos, mientras vivían durante este ínterin en el desierto? ¿Demandarían que Dios les diera todo lo que anhelaban aquí y ahora, o permitirían que su hambre alimentara su anhelo por el día en que tendrían un banquete con Dios en la tierra de leche y miel?

Y, por supuesto, nosotros enfrentamos la misma opción clara. Dios nos pone bajo la misma prueba.

Él nos da la oportunidad de rechazar lo que el mundo ofrece mientras esperamos lo que ha de venir.

Al vivir nuestros días en el desierto del mundo, tenemos la oportunidad de desintoxicar nuestro apetito de las cosas que el mundo provee. Dicho apetito satisface temporalmente nuestras papilas gustativas, pero, en realidad, nos priva de vida y libertad.

Se acerca el día en que la insatisfacción, que es inherente a la vida en el desierto, se acabará para siempre. Haremos nuestro hogar en la tierra eterna de Dios, en el cielo nuevo y la tierra nueva, y nunca más volveremos a tener hambre. Pero, aquí y ahora, al vivir nuestros días en el desierto del mundo, tenemos la oportunidad de desintoxicar nuestro apetito de las cosas que el mundo provee. Dicho apetito satisface temporalmente nuestras papilas gustativas, pero, en realidad, nos priva de vida y libertad. Tenemos la oportunidad de alimentarnos

del pan que Dios provee, para que así desarrollemos nuestro apetito por lo que verdaderamente nutre y da vida.

Cómo desarrollar un nuevo apetito

Los israelitas tuvieron cuarenta años para desarrollar su apetito por aquello que en realidad los dejaría satisfechos. De hecho, cuando la siguiente generación se preparaba para entrar a la Tierra Prometida, Moisés les explicó que esa era, exactamente, la razón por la que Dios había permitido que su pueblo experimentara hambre en el desierto, en primer lugar.

Recuerda cómo el SEÑOR tu Dios te guio por el desierto durante cuarenta años, donde te humilló y te puso a prueba para revelar tu carácter y averiguar si en verdad obedecerías sus mandatos. Sí, te humilló permitiendo que pasaras hambre y luego alimentándote con maná, un alimento que ni tú ni tus antepasados conocían hasta ese momento. Lo hizo para enseñarte que la gente no vive solo de pan, sino que vivimos de cada Palabra que sale de la boca del SEÑOR.

DEUTERONOMIO 8:2-3

Evidentemente, no fue un accidente que pasaran algún tiempo sin comida y sintieran la incomodidad del hambre antes de que Dios enviara el maná. Lo que percibieron como falta o vacío fue, en realidad, un regalo que les ayudaría a aprender algo. Al depender de la promesa de Dios de proveerles de maná día a día, los israelitas tenían que aprender que «vivimos de cada palabra que sale de la boca del SEÑOR».

¿Cuáles fueron las palabras que salieron de la boca del Señor por las que ellos debían vivir? La promesa de Dios de darles la tierra; sus bendiciones prometidas por obedecer y maldiciones por desobedecer; su garantía de que la ley era para su bien siempre; sus instrucciones para el sacrificio y la santificación, las fiestas y los festivales; y el anuncio de su intención de bendecir a todo el mundo a través de ellos.

DIOS HACE SUS MEJORES OBRAS EN LO VACÍO

Desde luego, nosotros tenemos mucha más revelación de Dios que aquella generación. Ellos tenían las palabras de Dios que Moisés les había dado, pero nosotros tenemos toda la Biblia. Entonces, ¿qué significa para usted y para mí vivir «de cada palabra que sale de la boca del SEÑOR»? Significa que se supone que debemos consumir lo que Dios nos ha provisto en su Palabra al leerla y escucharla en predicaciones. Tenemos que meditarla. Tenemos que dejar que nutra nuestro sistema. ¡Tenemos que pensar! Se nos cuida y fortalece, a medida que reflexionamos en las implicaciones y aplicaciones de las Escrituras, y a medida que entendemos cómo será para nosotros comenzar a vivir la luz de su verdad. Y a medida que la Palabra de Dios comienza a cambiar cómo pensamos, descubrimos que también va cambiando cómo nos sentimos. De hecho, descubrimos que en sí está cambiando qué deseamos.

Por ejemplo, leemos en los Salmos:

El SEÑOR Dios es nuestro sol y nuestro escudo;

Él nos da gracia y gloria.

El SEÑOR no negará ningún bien a quienes

hacen lo que es correcto.

Oh, SEÑOR de los Ejércitos Celestiales,

¡qué alegría tienen los que confían en ti!

SALMO 84:11-12

En lugar de pasar rápidamente por el pasaje o de descartarlo, comenzamos a meditar en él y desenredamos sus

implicaciones. Pensamos en lo que significa tener a Jesús como aquel que hace brillar luz en nuestra vida para que podamos ver y crecer, y lo que significa tenerlo como nuestro escudo, que nos protege y guarda nuestra vida del enemigo de nuestra alma. Comenzamos a pensar detenidamente en las muchas veces que hemos presenciado cómo Dios da gracia a las personas que no la merecen, tanto a las presentes en nuestra vida como a aquellas de quienes leemos en las Escrituras, y las veces en las que él nos ha dado gracia en el curso de nuestra vida. Consideramos las formas en las que podemos testificar que es verdaderamente cierto que el Espíritu de Cristo ha estado actuando en nuestra vida y nos ha hecho más semejantes a Cristo; las formas en las que él nos da su propia gloria.

Además, cuando leemos y nos quedamos en la línea: «El Señor no negará ningún bien a quienes hacen lo correcto», recordamos que leemos toda la Biblia con los lentes de la vida, muerte y resurrección de Jesús. Nos consuela saber que podemos esperar que el Señor no nos negará ningún bien, no porque siempre hayamos hecho lo correcto, sino porque Jesús siempre ha hecho lo correcto; y, cuando llegamos a él con fe, él nos transfiere su historial perfecto

*A medida que la
Palabra de Dios
comienza a cambiar
cómo pensamos,
descubrimos
que también va
cambiando cómo nos
sentimos. De hecho,
descubrimos que en
sí está cambiando
qué deseamos.*

de obediencia. Entonces, consideramos lo que el salmista podría significar con «bien», y dejamos que la realidad se fije en nuestra alma de que Dios sabe mejor que nosotros lo que nos hace bien. A medida que reflexionamos en esas palabras, llegamos a tener claro que, debido a que el Señor no les negará ningún bien a los que hacen lo correcto, lo que sea que él nos haya negado se debe a que no sería lo mejor para nosotros, o a que no es el tiempo apropiado para que lo tengamos. Experimentamos alegría al confiar en el Señor como nuestro proveedor.

En otras palabras, en lugar de alimentar nuestra decepción y frustración, decidimos meditar la verdad que nutre. En lugar de alimentarnos de las redes sociales, que nos bombardean con imágenes de lo que otras personas tienen, y que hasta el momento se nos ha negado, nos alimentamos de las promesas de Dios, de sus intenciones de hacernos el bien.

Esto me anima a preguntarle: ¿Qué dieta sigue estos días? ¿De qué se alimenta? ¿Permite que sea la Palabra de Dios la que desarrolle su apetito, o, mayormente, se desarrolla por lo que «Egipto» le ofrece y le dice que debería tener? Dios le ha dado una oportunidad durante los años que ha vivido en el desierto:

Él le da la oportunidad de descubrir lo que en realidad necesita, en lugar de que lo consuma aquello que tanto anhela.

Ah, cuánto quisiera haber podido entender eso en aquellos primeros días de maternidad, cuando me

consumía tanto mi anhelo de ser importante a través de mi trabajo. Cuánto quisiera haber tenido un corazón dispuesto a aprender todo lo que Dios quería enseñarme en esos años de desierto, que me parecían tan tediosos. Él me estaba dando la oportunidad de descubrir que mi importancia, en realidad, nunca puede depender de un título o de un salario. Tiene que venir de él. Solo Jesús es lo único que me hace falta en este mundo para ser feliz. A medida que me alimento de él, sigo descubriendo que él es lo que en realidad necesito.

Si usted y yo solamente nos alimentamos de nuestros propios pensamientos y sentimientos, refunfuñaremos y llegaremos a amargarnos. Pero, a medida que nos alimentemos de la Palabra de Dios, creceremos en gratitud por todo lo que Dios ha provisto, y aumentará nuestra anticipación de todo lo que todavía ha de proveernos.

Otra prueba de hambre en el desierto

Nos gustaría que, al mirar hacia atrás en la historia familiar que leemos en Éxodo, Números y Deuteronomio, pudiéramos descubrir que nuestros antepasados espirituales aprendieron lo que tenían que aprender en el desierto. Qué bueno sería ver que ahí desarrollaron su apetito por la Palabra de Dios, y que continuaron con él cuando entraron a la tierra que Dios les había provisto. Pero no ocurrió así. En lugar de eso, cuando entraron a Canaán, comenzaron a consumir toda la idolatría que los cananeos les sirvieron.

DIOS HACE SUS MEJORES OBRAS EN LO VACÍO

Finalmente, el pueblo de Israel, a quien Dios se refería como su «primer hijo varón», fracasó en la prueba del desierto. Así que Dios envió a otro Hijo. Y permitió que este Hijo también experimentara hambre en el desierto.

Luego el Espíritu llevó a Jesús al desierto para que allí lo tentara el diablo. Durante cuarenta días y cuarenta noches ayunó y después tuvo mucha hambre.

En ese tiempo, el diablo se le acercó y le dijo:

—Si eres el Hijo de Dios, di a estas piedras que se conviertan en pan.

Jesús le dijo:

—¡No! Las Escrituras dicen:

«La gente no vive solo de pan,
sino de cada palabra que sale de la boca de Dios».

MATEO 4:1-4

Dios dejó que Jesús tuviera hambre en el desierto, no durante cuarenta años, sino durante cuarenta días. Pero, en lugar de refunfuñar, en lugar de acusar a Dios de llevarlo al desierto para dejarlo morir, en lugar de actuar por su cuenta para proveerse a sí mismo, Jesús confió en la provisión de Dios. Jesús demostró que había pasado los primeros treinta años de su vida alimentándose de cada palabra que sale de la boca de Dios. Precisamente, eso es

lo que lo fortaleció para enfrentar el hambre en el desierto: confió en que Dios proveería de lo que necesitaba.

Hambre en la colina

Cierto día, Jesús se encontró frente a una multitud con hambre. Se acercaba la celebración de la Pascua judía, el tiempo en el que el pueblo celebraba un banquete para conmemorar que, siglos atrás, Dios los había rescatado por medio de Moisés. Así que Jesús usó esa ocasión oportuna para darles una señal de quién era él y por qué había venido.

Luego Jesús tomó los panes, dio gracias a Dios y los distribuyó entre la gente. Después hizo lo mismo con los pescados. Y todos comieron cuanto quisieron.

JUAN 6:11

Cuando la gente experimentó el milagro de provisión, comenzaron a pensar que Jesús era otro Moisés, que el milagro que se había llevado a cabo en el desierto durante cuarenta años estaba comenzando otra vez. Por lo que, al día siguiente, se subieron a las barcas y atravesaron el mar de Galilea para llegar a Capernaúm, con la esperanza de que Jesús repitiera el milagro del día anterior.

—Si quieres que creamos en ti [...] muéstranos una señal milagrosa. ¿Qué puedes hacer? Después

de todo, ¡nuestros antepasados comieron maná mientras andaban por el desierto! Las Escrituras dicen: «Moisés les dio de comer pan del cielo».

Jesús les respondió:

—Les digo la verdad, no fue Moisés quien les dio el pan del cielo, fue mi Padre. Y ahora él les ofrece el verdadero pan del cielo, pues el verdadero pan de Dios es el que desciende del cielo y da vida al mundo.

—Señor —le dijeron—, danos ese pan todos los días.

Jesús les respondió:

—Yo soy el pan de vida. El que viene a mí nunca volverá a tener hambre; el que cree en mí no tendrá sed jamás.

JUAN 6:30-35

La gente tenía razón al relacionar el milagro que acababan de experimentar en su época con la historia de lo que había ocurrido en la época de Moisés. Pero no entendían el asunto central del milagro. No veían lo que la señal indicaba. Jesús no es simplemente el canal de la promesa de Dios de dar pan, como lo fue Moisés. Jesús es el pan. Y Jesús estaba parado allí, y se ofrecía a sí mismo a ellos.

Ahora bien, lo que habría tenido sentido en ese momento era que ellos hubieran llegado a él; de hecho, que hubieran corrido hacia él. Pero, en lugar de eso, hicieron algo que nos suena muy familiar, después de leer la

historia de sus antepasados, de nuestros antepasados, en el desierto. Refunfuñaron.

[Jesús dijo:] «Yo soy el pan vivo que descendió del cielo. Todo el que coma de este pan vivirá para siempre; y este pan, que ofreceré para que el mundo viva, es mi carne».

Entonces la gente comenzó a discutir entre sí sobre lo que él quería decir. «¿Cómo puede este hombre darnos de comer su carne?», se preguntaban.

Por eso Jesús volvió a decir: «Les digo la verdad, a menos que coman la carne del Hijo del Hombre y beban su sangre, no podrán tener vida eterna en ustedes; pero todo el que coma mi carne y beba mi sangre tendrá vida eterna, y yo lo resucitaré en el día final».

JUAN 6:51-54

En ese momento, muchos de los que habían estado siguiendo a Jesús se dieron la vuelta y lo abandonaron. Solo querían el pan de Jesús, no a Jesús como pan. Pensaban que Jesús sería útil en su búsqueda de la vida que querían, pero en realidad ellos no *lo* querían. Solo querían lo que pensaban que él podía darles.

Y cuando leemos eso no podemos evitar vernos en estas personas. Pensamos que la vida, la buena vida, llegará cuando Jesús nos dé lo que queremos, lo que pensamos

que necesitamos. Y, así como lo hizo con esa gente en Capernaúm, él nos insiste en el asunto al punto de ofender. Jesús se ofrece a nosotros, y pregunta: «¿Se alimentarán de mi muerte expiatoria para vivir? ¿Permanecerán en mí, se alimentarán de mí, tendrán comunión conmigo? ¿Me amarán? ¿Alimentarán su anhelo de mí en lugar de insistir en tener lo que anhelan?».

Tal vez no despreciemos inmediatamente el ofrecimiento que Jesús nos hace de sí mismo, como esas personas lo hicieron aquel día en Capernaúm. Quizás seamos más corteses. Pero nuestras actitudes y acciones a menudo dicen: «Gracias, Jesús. Yo te respeto y aprecio tu ofrecimiento. Pero, si en realidad quisieras ayudar, incrementarías mi cuenta bancaria, aumentarías mi familia, o mejorarías la estima que los demás me tienen». Y Jesús nos ve a los ojos y dice: «¿Acaso no entienden? Si ustedes no se alimentan de mí, van a morir de hambre. Pero, cuando se alimenten de mí, ingerirán mi vida ilimitada, imparabile y eterna».

Qué tragedia sería que Jesús supliera todas nuestras listas de deseos, y que no supliera nuestra necesidad más profunda. Qué tragedia que nos colmara de lo que queremos y nos dejara vacíos de lo que en realidad necesitamos.

¿Cómo alimentará su hambre?

Amigo mío, quisiera poder decirle que Dios va a hacer que llueva abundantemente sobre usted lo que sea que tanto desea comer. Quisiera poder decirle que él va a proveer

milagrosamente para que usted esté lleno. Hay otros que sí se lo dirán. Le dirán que, si tiene suficiente fe, si dice la oración apropiada, y si pronuncia las palabras correctas, entonces obtendrá el milagro que desea. Pero vemos en todas las Escrituras que eso no es cierto. No puedo decirle que su necesidad, por la que ora, se va a suplir, ni de la manera ni en el tiempo que usted espera. Nadie puede hacerlo.

Pero lo que puedo decirle es esto: Si tiene hambre, Dios está permitiendo que pase hambre con un buen propósito. Dios le está dando la oportunidad de que ponga en práctica lo que confiesa que cree. Dios lo está fortaleciendo al forzarlo a considerar no solo la incapacidad de las cosas de este mundo de llenarlo, sino también su tendencia a esclavizarlo. Dios busca redirigir su apetito hacia aquello que en realidad necesita, hacia lo que verdaderamente lo dejará satisfecho y lo sustentará, hacia lo que llenará su vida de significado duradero. Dios le susurra, o, quizás, le grita en su vacío: «Prueben y vean que el SEÑOR es bueno» (Salmo 34:8).

¿Está dispuesto a eso? ¿O suena simplemente como una respuesta religiosa vacía que lo hará seguir anhelando?

Puedo pensar en las ocasiones en las que he sentido como que si alguien me diera la respuesta superficial, la respuesta espiritualizada que estaba segura que ya sabía. Estaba muy segura de que escuchaba simplemente otra versión desgastada de «acércate más a Dios leyendo tu Biblia y orando», que simplemente no funcionaría. Por

lo menos, no pensaba que funcionaría para mí. Y tal vez usted piense que lo que le digo ahora es simplemente una respuesta superficial que ha escuchado antes, y que, en realidad, no es una respuesta válida en absoluto. Tal vez cree que no hay manera de que algo que suene tan espiritual como alimentarse de Cristo día tras día, hora tras hora, tendría algún poder para tratar con su necesidad profunda.

Pero tal vez eso se debe a que usted, en realidad, nunca lo ha intentado. Tal vez se ha interesado en eso superficialmente, pero nunca ha tenido un banquete de él. Quisiera poder verlo a los ojos cuando le digo que es cierto que, al saborear a Jesús, nuestros anhelos ya no tienen tanto poder en nosotros como alguna vez lo tuvieron. Lo descubrimos a medida que comenzamos a meditar «cada palabra que sale de la boca de Dios». Y no solo marcando una lectura bíblica diaria, sino desmenuzando grandes porciones de las Escrituras para pensar en ellas, descifrarlas, orar con ellas y someternos a ellas. Probamos y vemos que Jesús es bueno a medida que dedicamos tiempo día a día para simplemente saborear quién es él. Degustamos lo que ha hecho, está haciendo y hará por nosotros. Ya no nos apresuramos con una comida rápida de Netflix, una búsqueda en la Internet y otras diversiones. No se trata de que ya no tengamos hambre; se trata de que nuestro apetito está cambiando. Estamos descubriendo que Jesús no es alguien a quien usamos para obtener un banquete a nuestro gusto. Más bien, Jesús es el banquete.

A medida que se alimente de su vida obediente, perderá el apetito por la perfección y el desempeño. A medida que se alimente de su muerte sacrificial, será capaz de disfrutar el acercarse a Dios en lugar de vivir con miedo de estar bajo el juicio de Dios. Y a medida que usted se alimente de su resurrección victoriosa, y fije su esperanza en el cuerpo de resurrección que recibirá, en la herencia celestial que se le concederá y en la vida eterna que se le extenderá algún día, se dará cuenta de que ha dejado de esperar que este mundo alguna vez lo llene de sus ofrecimientos limitados. Cada vez que participe de comer el pan y beber la copa de la Cena del Señor, ya no se apresurará a ella sin pensar. Más bien, disfrutará el sabor que hay en su lengua, y permitirá que lo llene de anticipación de la gran celebración futura, ya que el Señor «preparará un maravilloso banquete para toda la gente del mundo. Será un banquete delicioso con vino añejo y carne de primera calidad» (Isaías 25:6).

Yo quiero y necesito que mi apetito sea redirigido hacia ese banquete cada vez más cada día. ¿Y usted?

Usted y yo vivimos en una época en que las dietas altas en proteína o altas en grasa han hecho que el pan se haya vuelto enemigo de nuestras metas de control de peso. Así que, tal vez cuando oímos que Jesús se ofrece como el Pan de Vida, pensamos que nos quedaremos con la opción baja en carbohidratos. Pero para los israelitas en el desierto, y para la gente de Capernaúm, no tener pan que comer era pasar hambre. Decirle no al pan no era

DIOS HACE SUS MEJORES OBRAS EN LO VACÍO

meramente vivir una vida limitada; era no tener vida. Las opciones eran comer este pan o morir de hambre.

Y, verdaderamente, para nosotros es lo mismo, amigo mío. Nos alimentamos de este pan, la persona y obra de Jesucristo, o pasamos hambre en el desierto de este mundo. Verá, no solo es que nada más llenará nuestro vacío, es que también nada más nutrirá nuestra alma. Nada más puede proveer la vida que tanto anhelamos.